

EL MUNDO CÓMICO.

Director literario, A. GOTARELO.

SEMANARIO HUMORÍSTICO.

Director artístico, J. L. PELLICER.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

PRECIOS DE SUSCRICION.—En *Madrid*: Un mes, CUATRO REALES.—Número suelto, UN REAL.—En *Provincias*: Un mes, CINCO REALES.—Tres meses, TRECE REALES.—Número suelto, UN REAL CINCUENTA CÉNTIMOS.—*Portugal*: Tres meses, DIEZ Y SEIS REALES.—*Francia, Inglaterra é Italia*: Tres meses, VEINTE REALES.—*Ultramar*: Seis meses, SESENTA REALES.—Un año, CIENTO DIEZ.—Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administración de este periódico, plaza de San Nicolás, núm. 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

OBSERVACIONES, — por PEREA.



¡Cuánto lujo! ¡Qué boato! Pasea en carretela por la Castellana y está abonada á la *Ópera*, pero.... carece de rentas conocidas.

REFRANES DE SEGARRA, — por PELLICER.



No le eches agua al vino
ni te frotes los ojos con tocino.

EL LITERATO POR FUERZA.

Estamos en un tiempo de regeneracion universal.

Merced á los adelantos de las ciencias y de las cosas, el sér humano se levanta un día de buen humor, dice «quiero lograr esto,» y no hay que darle vueltas, logra al fin lo que quiere.

Sólo así puede comprenderse que exista en el mundo tal coleccion de talentos artificiales y génios averiados, que se creen dominadores de la humanidad.

Segunda edicion de la raza pedantesca de mil ochocientos, pulula hoy una clase nueva, flamante, verdadero aborto de la época, calamidad del siglo XIX.

Su nombre es *el literato por fuerza*.

Sírvanos de ejemplo uno de sus individuos.

Don Epifanio era escribiente de un novelista y ganaba modesto sueldo emborronando cuartillas para la imprenta.

Sea que lo bueno se pega con el roce, sea el cansancio que se siente copiando lo que otros escriben, sea, en fin,

un motivo oculto, es el caso que nuestro hombre concibió la idea de salirse de su centro, elevándose á la categoría de literato.

Las dificultades de que la idea estaba erizada fueron suavizándose, merced á los trabajos de su imaginacion testaruda, y la esperanza le sonreia cada vez más.

En dos meses devoró una biblioteca, pero sin digerir una sola página. No obstante, quedáronse impresos algunos pasajes de la historia, muchos nombres ilustres y un abundante caudal de expresiones soberbias y escogidas.

Muy pronto supo que Ataufo fué el primer rey de España, que Pepino reinó en Francia y que esta nacion estuvo dominada por los galos. No ignoraba que Adán habia sido nuestro primer padre, ni le cabia la menor duda de que San Pedro fué un santo de ménos pelo que otros que anduvieron por el mundo.

Averiguó que el aire no es sólido y que el agua siempre ha sido líquida. Supo decir *pirotécnica* si se trataba de funciones de pólvora; *omoplato* si se hablaba de medicina;

omega, triángulo y paralelepípedo si se discutía sobre matemáticas, y otras frases de mucha intención, como *oleaginosidad, tésis, paleográfico, hercoteónica, oxígeno, tetradinamia, viviparo, corrupto, helioscópico*, etc., etc.

No importa que se ignorara el significado de muchas de esas palabras: se sabían pronunciar, y era lo bastante.

Ya con estos conocimientos D. Epifanio se dedica á escribir privadamente.

Emborrona algunas resmas; repasa algunos autores, toma datos, busca libros y se atreve á entrar en discusión con su amo el novelista.

Sueña con Homero, con Víctor Hugo, con Shakspeare. Se imagina colocado sobre un pedestal y ve su rostro grabado en mármoles y bronce para asombro de las generaciones venideras.

Un día se examina á sí mismo con la posible imparcialidad. Nota que sabe esto, y aquello, y lo otro; compara sus conocimientos con los que muchos sábios poseen, y se decide á dar el primer paso en la carrera de su gloria.

Escribe un artículo que se titula *La Inspiración*, y en el cual hace uso de sus conocimientos en mitología sacando á la vergüenza todos los dioses del Olimpo. Allí está Melpómene llenando un cubo en la fuente Castalia para dar de beber á los buenos poetas, Apolo cogiendo legumbres en la falda del Parnaso, Terpsícore dormida al lado de unos bueyes, Thalia buscando mariposas y Euterpe aprendiendo el himno de Garibaldi.

Antes de publicarlo lo lee por modestia á un amigo de confianza. Éste le escucha con asombro, al terminar hace un gesto de admiración y le abraza exclamando:

—¡Soberbio! ¡asombroso! ¡inimitable!

Don Epifanio se bufa como un pavo real.

El escrito sale á luz. Si nadie habla de él, se achaca á la admiración que ha producido. Si hablan mucho malo, se atribuye á la envidia que ha suscitado. De todos modos el escrito es bueno. Siguen, pues, los escritos.

Algunos amigos alegres rodean al nuevo hijo de las musas.

—Hazme un romance.

—Componme un soneto.

—Escribeme un artículo.

Y D. Epifanio hace, compone, escribe y distribuye producciones como si fuesen bellotas.

Los amigos le aplauden con entusiasmo.

—¡Tu fecundidad es admirable!

—¡Sublime!

—¡Sublimísimo!

—Decididamente has nacido para escribir.

Don Epifanio oye todo esto, mide sus fuerzas y se dice: «Es indudable: yo me siento inspirado, grande y magnífico. Desaprovechar mi predisposición sería un crimen: debo á toda costa ser literato.»

Y las obras se suceden y los pedidos se aumentan.

La imaginación que crea no puede resignarse á cifrar sus cuidados en la copia de lo que otro concibe: D. Epifanio se avergüenza de su título de escribiente; entabla una polémica científica con el autor que le paga, riñen y hé aquí á nuestro héroe en medio de la calle, feliz, independiente, libre y pobre.

La necesidad es manantial inagotable de inspiración. D. Epifanio escribe una novela que se titula *Los diez y ocho cadáveres*. Un amigo suyo se encarga de publicarla y se suscriben todos los maragatos de la calle de Toledo, las fruterías de la plaza de San Miguel y el barrio de Maravillas.

Tan inmenso triunfo anonada á D. Epifanio bajo el peso de la gloria.

¿Quién se resigna á continuar en el retraimiento? No hay que defraudar las esperanzas del público.

Don Epifanio considera prudente dedicarse á la oratoria, y después de algunos ensayos se presenta en una tertulia literaria, pide un tema y confecciona un discurso en veinticinco días.

¡Vaya un discurso! En él se habla de todo con una erudición pasmosa: cada párrafo lleva una cita, cada cita una observación, cada observación un apéndice. No le faltan sus ribetes de tecnicismo, ni sus puntos de erudición, ni sus paréntesis de latín. Trata de heráldica para decir *roeles, escaques, panelas y lisonjas*; trata de medicina para explicar las propiedades del *diafragma*, la longitud de los *epidídimos* y la situación del *cerebelo*; trata de los frenólogos para nombrar los ventrículos de la *idealidad* y definir las doctrinas de Spurzham. Se refiere á Byron para decir que *the-time is-money*; murmura de Fedro por sólo encajar el *cosmos epeeisaktos*, y no escasea aquello de *risum teneatis, artificium dicendi, vanitas vanitatum y nemine discrepante*.

Con todo, el discurso no ocupa más que ciento ochenta y tres cuartillas de letra microscópica.

Llega el día señalado, llega el momento y D. Epifanio se levanta, extiende el brazo en actitud solemne, se limpia el sudor, se alza sobre la punta de los pies, tose, escupe y habla.

Al principio se le escucha en silencio, después se mueven todas las cabezas, murmuran, se constipan; unos se tapan la cara, otros rien, algunos hay que lloran.

Don Epifanio lo observa con satisfacción: no hay duda, sus palabras conmueven á los circunstantes, posee el talisman de las emociones y domina á su arbitrio á los que le escuchan. ¡Inmenso triunfo!

Concluye de hablar y sale sofocado, zumbándole en los oídos el rumor de un estrepitoso palmoteo.

La puerta de la calle está interceptada por los socios de la tertulia, que le abrazan con entusiasmo.

Él cree que salen á despedirle, porque ignora que están allí desde que concluyó el exordio de su discurso, es decir, que estuvo hablando solo; pero un orador poseído de su papel no se fija nunca en el auditorio.

Desde este día ya es otro D. Epifanio: se ha elevado cincuenta metros sobre el pedestal de sus aspiraciones. Ya no se reúne con sus primeros amigos, que son poco para él: necesita frecuentar otros círculos, alternar con celebridades, hacerse hombre.

Su sér recibe una completa metamorfosis; su andar es grave y noble, como sus palabras; su apostura digna y severa; sus ademanes majestuosos; su rostro serio y meditabundo.

Ya es el literato consumado, el hombre preciso, la notabilidad que honra con su asistencia.

IMPUESTOS TRANSITORIOS, — por JORRETO.



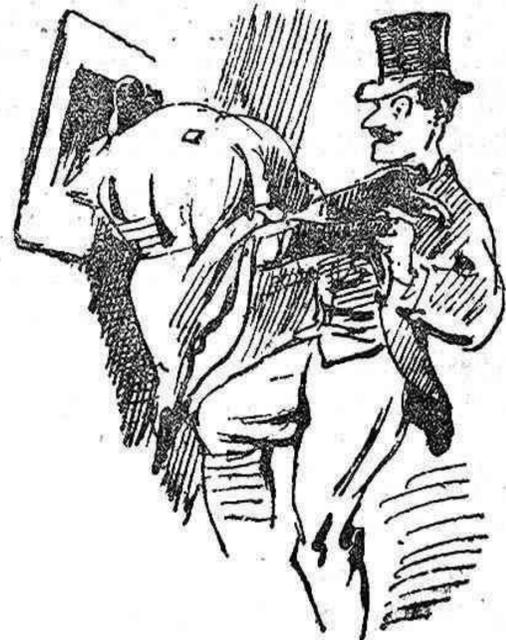
Art.... «Se cobrará el impuesto correspondiente á las demás aberturas de los inquilinos que las utilicen.»
 Los inquilinos se librarán por este medio del pago de aberturas útiles.



Director de un colegio, que va provisto de sellos para las matrículas y las cartas de sus colegiales.



—¿....?.... ¡....!....
 —¡....!.... ¿....?....



¡Benditos sellos de 10 céntimos! Gracias á vosotros sello á mi mujer y la envío por el correo con su querida mamá.



Se le ha olvidado que tapó la abertura de su flauta, y no suena, aún cuando sopla con toda su aliento.



Al regresar de un viaje ni con candil encuentran la puerta de su casa.

IMPUESTOS TRANSITORIOS, — por JORRETO.



—¿Va V á Ciempozuelos?
 —Sí, señor.
 —Entonces sólo la pondremos un s ello de 10 céntimos.



Séllense con *dobles sellos* todas las mercancías por el estilo y se ha salvado la Hacienda.



Produciría grandes resultados en este tiempo el exigir un sello al que va por la sombra y dos á quien busca el sol.



Detrás de cada pareja irá un investigador para cuidar de que la sellen cual corresponde si entra en el teatro.



—Toma, toma esta liebre, no me atrevo á guisarla si no viene con su sello correspondiente.

LA VEHEMENCIA DEL AMOR,—por LUQUE.



—Me pareces cada día más digno de ser amado, más simpático, más elegante....

—Amiga mía, ¿cuánto valen esas palabras?

Se apodera de la prensa, de los editores y de las esquinas.

Su nombre aparece en todas partes.

El Bucéfalo, periódico satírico, dirigido por D. Epifanio Calacuerda.

La sangre roja, cantos teutónicos, por Calacuerda.

La horca y el cuchillo, novela histórica, por D. Epifanio.

El alquitran de la vida, poema fúnebre, por el mismo.

Pero esto dura poco. El público se cansa, sus amigos se aburren y D. Epifanio se ve abandonado en medio de sus glorias.

¿Creeis que se desconcierta?

De ningún modo. «Esta es una intriga de la envidia, se dice, «Cervantes, Quevedo, el Tasso fueron grandes hombres y sufrieron. Yo soy grande, también debo sufrir.»

Y sigue impertérrito en su camino, sin que haya ser humano capaz de detenerle en sus errores.

Podrá hacersele dudar de que es persona, mas no de que es inútil para literato. Su desengaño es materia impracticable, porque esa aberración del entendimiento es la cualidad distintiva de su especie.

Don Epifanio para comunmente en memorialista, portero ó cosa por el estilo, en cuyas ocasiones emplea sus últimos

CASTAÑAS,—por CUBAS.



—Compra, compra castañas, pues no faltará algún prójimo á quien se las demos y nos las pague con exceso.

años quejándose de las injusticias del mundo, que nunca aprecia el verdadero mérito.

Puede ocurrir que se dedique con especialidad á la política, en cuyo caso, despues de visitar la cárcel varias veces y sufrir algunos atropellos, es fácil llegue á ser director de un periódico, de director pasar á diputado y de diputado á ministro. De esto vemos todos los dias.

Ningun naturalista se ha ocupado aún en definir exactamente la especie de *el literato por fuerza*.

Unos dicen que D. Epifanio pertenece á la familia de las *gallináceas*, por su semejanza con el pavo, *meleagris gallo pavo*, que dice Linneo.

Otros aseguran que forma parte del orden de las *palmípedas*, por su parecido al caballero grajo.

Y, en fin, hay quien lo relega al orden de los *paquidermos*, vulgarmente llamados cuadrúpedos.

Yo dejo al buen criterio de los lectores la resolución de este problema.

A. LLANOS Y ALCARÁZ.

LO QUE NO SE OLVIDA.

Como la hermosa flor ama el rocío
 Así la amaba yo;
 Pero aunque era tan grande el amor mío
 Clarisa lo olvidó.
 Desde entonces sumido en honda pena
 Lamento tanto amar;
 Y esta pasión que mi ánimo enagena
 No puedo desechar.
 Su leve ingratitud y su falsía
 Jamás olvidaré,
 Ni tampoco los cuartos que solía
 Gastarme en el café.

F. M. SACRISTAN.

EL AMOR.

El amor es la deidad más joven del Olimpo.
 Hay quien dice que también la más terrible.
 Tampoco falta quien asegure lo contrario.
 Esto no sorprenderá á nadie que tenga presente las
 mil contradictorias ideas que se sustentan acerca del amor.
 Le llaman niño, y convienen al mismo tiempo en que
 es tan antiguo como el hombre.
 Le pintan ciego, y todos sabemos que á veces ve más de
 lo que fuera de desear.
 Le arman de agudos venablos, y por todas partes se pre-
 gona lo inofensivo del amor.
 ¿De qué procede esta confusión? ¿Qué motiva esta di-
 vergencia de pareceres?
 ¿Nacerá de la diversidad de amores que se consideren?
 No, pues el amor es uno y único.
 ¿Se presentará al hombre bajo diferentes formas?
 Imposible; el amor no tiene forma ni accidentes.
 ¿Dependerá de las pasiones y tendencias de los hom-
 bres que lo estudien?
 Nos parece probable. La luz es incolora; pero si se hace
 pasar un mismo rayo luminoso por cristales de diferentes
 matices, variará su coloración con la de los medios que
 lo refractan.
 Igual fenómeno se verifica en el amor.
 Entremos en análisis.
 Para el espiritualista es lazo que une dos almas hasta
 confundirlas en una sola; es, en fin, el sentimiento más puro
 que en la estética se estudia.
 Para el materialista es un irresistible impulso que le
 inclina poderosamente á placeres de cierto género.
 El amante afortunado cree que Dios utiliza el amor
 para consuelo de los hombres.
 Por el contrario, el desgraciado lo considera un testi-
 monio imperecedero de la cólera celeste.
 Para el rico sin corazón es un medio de poner fin á su
 aburrimiento.
 Para el gloton un plato que no quiere dejar sin sabo-
 rear.
 Para el avaro un negocio lucrativo.
 El labrador ve en él una semilla cuyo fruto no siempre
 es bueno.

El bolsista una operación.
 El poeta la apoteosis de lo sentimental.
 El filósofo una pasión.
 El naturalista un instinto.
 El médico una causa con que enriquecer la etiología
 de varias afecciones.
 ¿Qué prueba esto?
 Lo dicho anteriormente, que el amor es uno siempre,
 pero que cada uno encuentra en él lo que le conviene.
 Última prueba.
 ¿Qué creen ustedes que pienso yo en este momento del
 amor?
 ¿Qué creen que veo en él?
 Pues lo que únicamente veo en el amor es un excelente
 epígrafe para encabezar estas humildes líneas.

RAMON CONTRERAS Y EYZIZ.

TELÉGRAMAS TEATRALES.

En la *Opera* (no nacional),—como con torpe descaro—
 dió en llamársela, por no—decir el *ex-real teatro*,—*Las*
visperas sicilianas—hace noches se estrenaron;—mas
 con tan escaso éxito—y con tan menguado aplauso,— que
 de lección le sirviera—á cualquier cuerdo empresario—
 para dar obras tan *cursis*—y monótonas al diablo.—*Boc-*
colini cantó bien,—y los demás se esforzaron—por lucir
 sus facultades—(quizá algunos demasiado),—que el arte en
 ciertos cantantes,—de esos que gustan ogaño,—se hizo
 cuestión de pulmones—y grito á *cañon rayado*.—Si les
 gustan á los sordos—de balde se los regalo.

Prometí hablaros de *Apolo*,—quiero decir, del tea-
 tro—que con terquedad extrema—y contra locos y sanos—
 apellidó de este modo—su imprudente propietario,—sin
 mirar que la opinión—no se contraría en vano;—pero me
 encuentro, lectoras,—con que es peliagudo el caso.—La
 Biblia necesitara—escribir para contaros—lo que en el
 teatro nuevo—vieran mis ojos de malo;—y como es verdad
 también—que bueno otro tanto hallaron,—si por aquello
 principio,—para esto no tendré espacio,—y si lo bello es
 refiero—no os podré hablar de lo malo,—que he de ser
 breve y me cuesta—el telégrafo los cuartos.—Ea resúmen
 os diré—de *Apolo*, el nuevo teatro,—que por su lujo es
 soberbio,—como artístico muy malo.—Véase por toda su
 sala,—si se mira de alto abajo,—pinturas, sedas, corti-
 nas,—dorados, muchos dorados,—cuanto proporciona el
 lujo—en monton, revuelto, vario,—pero sin arte ni gusto—
 y en tropel abigarrado.—El gusto no lo da el oro—ni es
 elegancia el sembrarlo,—que lo bello casi siempre—va de
 lo sencillo al lado.—De *Catalina* y la *troupe*—que actúa
 en este teatro—nada os diré, pues sus prendas—conocéis
 hace ya años:—tengan acierto, si quieren—conquistar
 plata y aplausos.

FAVIO.

Solución á la charada del número anterior:
 CARTAGENERO.

MADRID.—1873.

Imp. de EL CORREO MILITAR, á cargo de J. J. Heras.
 Calle de San Gregorio, núm. 5.